

¿Cómo retomar el camino?

Araceli Damián*

En el siglo pasado se transformó radicalmente la calidad de vida de la población en nuestro país. Mientras que a principios de siglo la dieta se limitaba a maíz, arroz y frijoles, para el decenio de los sesenta ya incluía cantidades considerables de huevos, pollo, carne, pescado, verduras y alimentos preparados. Los habitantes pobres de la ciudad y el campo pudieron usar zapatos, y las bicicletas se volvieron comunes en aquellas áreas rurales donde habían sido unas rarezas (Raymond Vernon, citado en Araceli Damián, *Cargando el Ajuste. Los pobres y el mercado de trabajo en México*, El Colegio de México, 2002, p.45.)

En los años setenta el modelo económico de sustitución de importaciones se agota y, entre 1976-1977, se vive la primera recesión después de la segunda guerra mundial. No obstante, sus efectos fueron contrarrestados por el boom petrolero. Las mejoras en las condiciones de vida siguieron observándose, con ello el nivel de pobreza por ingreso se redujo significativamente, de 72.6% en 1968 a menos de 49% en 1981.

El mejoramiento fue resultado de una mezcla de un crecimiento económico (en un ambiente internacional favorable), con una intervención del estado en distintas esferas que modifican los factores que determinan la pobreza (generación de empleo, inversión en educación y salud, subsidios generalizados a productos básicos, etc.).

Con la crisis de la deuda de los ochenta la calidad de vida de la población no se deterioró en la medida en que se esperaba. De acuerdo con Julio Boltvinik, ello se debió a que los factores que influyen en la calidad de vida de la población (ingreso, acceso a servicios públicos gratuitos como educación y salud, etc.) tienen distintas tendencias (aún contrapuestas) dependiendo de su naturaleza ("Welfare, Inequality, and Poverty in Mexico, 1970-2000", en Middlebrook, y Zepeda, eds., *Confronting Development, Assessing Mexico's Economic and Social Policy Challenges*, 2003, Stanford University Press, pp. 385-446).

El autor explica que mientras el ingreso corriente de los hogares está fuertemente ligado a los avatares económicos, otros componentes del bienestar, como la

educación y la vivienda, al ser variables “stock” no se ven afectadas de manera tan dramática como el ingreso. Así, si una persona ya tiene educación secundaria, no la perderá con las crisis.

Asimismo demuestra que gasto social no cayó estrepitosamente como se había supuesto. No obstante, el ritmo al que se redujeron las carencias relacionadas con el gasto social fue menor durante los ochenta (así como en la crisis de 1994-1995) que en las décadas precedentes.

En el cuadro se observa que la pobreza educativa disminuyó rápidamente entre 1970 y 1980, lentamente entre 1980 y 1990, y en la década de los noventa aumenta el ritmo al que se reduce este tipo de pobreza, pero a niveles más bajos que en los setenta.

Una tendencia similar se advierte con la pobreza habitacional y con la de salud y seguridad social. No obstante, esto sólo sucede con los componentes parciales que dependen del gasto social (servicios a la vivienda y cobertura en salud), mientras el ritmo de descenso en las carencias de los componentes que dependen del ingreso corriente de los hogares y del empleo, continuó disminuyéndose en los noventa (hacinamiento y cobertura de la seguridad social). Lo anterior es consistente con el aumento de la pobreza por ingreso, que de acuerdo con línea de pobreza del Comité Técnico, pasó de 58.6% al 67.1% de la población entre 1992 y 2000

Los actuales tomadores de decisiones nos quieren hacer creer que la imposibilidad de continuar elevando la calidad de vida de la población al mismo ritmo observado antes de los ochenta se debe a que estamos pagando (con creces) los errores cometidos hasta entonces. A más de dos décadas de distancia ese argumento no parece tener validez.

El retiro estatal de la economía fue de gran envergadura. La participación del gasto programable en el PIB pasó de 24.6% en 1980 a 15.6% en el 2000. El porcentaje destinado al gasto en gestión y en “desarrollo social”, sobre todo en educación y seguridad social crecieron entre 1990 y 2000. El aumento en el último rubro, se explica sobre todo por la reforma al seguro social del gobierno Zedillista, la cual cargó al erario público el costo de la misma. Es importante señalar que en

este periodo se redujo el porcentaje del gasto destinado a salud. El gasto productivo fue el que tuvo una reducción más fuerte (de 52.3% a 25.8%).

El gobierno perdió la posibilidad de influir en la economía del país y su política de lucha contra la pobreza tiene un carácter asistencialista. El paraíso prometido después de su retirada de la economía aún no llega. Por el contrario, la transferencia de fondos del Fobaproa al IPAB tendrá costos sociales que ensombrecerán más el futuro. El autonómado gobierno del cambio tiene una idea equivocada de lo que significa el desarrollo social. Muestra una vez más que sirve fundamentalmente a los intereses del capital privado (pero sobre todo al extranjero).

Ante este panorama podemos preguntar ¿cómo retomar el camino? El asalto al pueblo orquestado por el gobierno federal continúa su marcha.

Tasa anuales de reducción de carencias en distintos componentes del bienestar. Pobreza equivalente* para cada componente

Componente/periodo	1970-1980	1980-1990	1990-2000
Pobreza educativa	-4.5	-1.9	-3.5
Pobreza habitacional	-3.7	-1.9	-2.6
Hacinamiento	-4.5	-2.1	-1.6
Servicios de la vivienda	-3.0	-1.8	-2.6
Pobreza en salud y seguridad social	-4.9	-2.5	2.1
Cobertura en salud	-6.4	-2.4	-3.0
Cobertura seguridad social	-3.4	-2.5	-1.1

*Pobreza equivalente es igual al porcentaje de pobres multiplicada por la brecha de la pobreza (es decir, que tanto se alejan los pobres de la norma, siendo ésta igual a 1).

Fuente (Boltvinik, 2003, véase texto)

*Profesora-Investigadora, El Colegio de México
adamian@colmex.mx